

tado una herejía terrible, este solitario, ignorante en las ciencias humanas, abandona su desierto, recorre las calles de Alejandria y confunde con admirable manera los sofismas del error! Vosotras, doncellas, escuchad otro ejemplo, él de vuestra santa patrona. Piadosa, modesta, viviendo aislada Santa Catalina supo desde la más tierna edad, y á pesar de todas las seducciones de la juventud, conservar su corazón y voluntad fieles á las leyes del Señor. Se la arresta, se la prende y condena como cristiana á morir por su fé. Pero antes de derramar su sangre había élla confundido toda la ciencia y refutado todos los argumentos de los doctores paganos mas instruidos... Noble doncella, ¿quién, pues, os habia comunicado esta sublime elocuencia y estas brillantes claridades sobre nuestros divinos misterios? Era, hermanos míos, era el Espíritu Santo, quien, para recompensar la fidelidad de su voluntad, había derramado, como á torrentes, sus luces en la sublime inteligencia de la santa.

Sin duda, hermanos míos, no pretendemos merecer y obtener tales favores. Pero he querido citaros esos ejemplos, que podría multiplicar, para mostraros, como la voluntad purificada, fortalecida por el Espíritu Santo y cumpliendo fielmente la ley de Dios, contribuye á afirmar la fé en nosotros y á iluminar nuestro juicio sobre los misterios y las verdades de nuestra santa religión. Si pues, deseamos que nuestra fé sea mas viva, que los ejercicios de piedad nos sean mas dulces y que el cumplimiento de nuestros deberes sea para nosotros más fácil, esforcémonos en reglar bien nuestra voluntad. La inteligencia, es verdad, tiene una gran influencia sobre nuestros actos, pero no es ménos verdad que nuestra voluntad ejerce aun muchas veces una poderosa influencia sobre nuestros pensamientos y creencias...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, habría podido mostraros el testimonio, que este Espíritu da á nuestro divino Salvador en nuestras almas, á quienes ilumina por medio de la fé, por los dones de inteligencia, de consejo, de sabiduría; pero he preferido hablaros del testimonio, que ha de dar en nuestras voluntades por medio de la fidelidad y del don de fortaleza. ¡ Ah! hermanos míos, lo

que nos falta es quizás más aun la fortaleza para obrar, que la inteligencia para creer... Nuestra voluntad es débil, tiembla ante el respeto humano, teme los esfuerzos que debemos hacer, para cumplir con nuestros deberes y triunfar de nuestras pasiones... Élla rehusa la lucha, y cual barca abandonada, se deja llevar á merced de la corriente, que ha de conducirla al abismo... O Espíritu divino, venid, pues, á gobernarla vos mismo, venid á llenar nuestros corazones y á abrasarlos con el fuego de vuestro amor. Durante estos días, que preceden al aniversario de vuestra bajada sobre los Apóstoles, hacednos la merced de pensar en nosotros, de suspirar hacia vos, de comprender bien la necesidad que tenemos de vuestra venida; purificad en nosotros lo que está manchado, sanad lo que está enfermo. Pero sobre todo, ó Espíritu de fortaleza, en estos tiempos de desfallecimiento, en que tantas almas no se atreven á afirmar su fé, y la esconden en lo más recóndito de sí mismas, como un tesoro inútil, concedednos el don de fortaleza, á fin de que nuestra voluntad fortalecida, triunfando del respeto humano y de otros tantos obstáculos, que se alzan ante élla, sepa mostrarse fiel en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Ojalá que, con el socorro de vuestra gracia, no nos avergoncemos jamás de nuestra fé, y sepamos dar testimonio á Jesucristo por medio de nuestros actos, y merecer así que en el día del juicio este adorable Salvador nos reconozca por sus discípulos y nos acoja ante su Padre. Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO PENTECOSTES.

(JUAN, XIV, 23-31).

**Espíritu Santo, espíritu de fortaleza y mansedumbre.**

TEXTO. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus... vos docebit omnia. El*

consolador, que es el Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro divino Salvador se había vuelto hacia su Padre, sus Apóstoles le habían visto subir glorioso y triunfante á los cielos; tristes de su partida, habían regresado á Jerusalem, para esperar el cumplimiento de las promesas, que les había hecho. Y qué les había prometido? En varias circunstancias les había dicho: « No os dejaré huérfanos; os enviaré el Espíritu Consolador para consolaros de mi ausencia, para fortaleceros contra las luchas, que tendréis que sostener y haceros comprender bien todas las enseñanzas, que yo mismo os he dado. Pocas horas antes de morir, queriendo precaverlos contra los desfallecimientos, que podían sentir con respecto á la Pasión, insistía con fuerza sobre esta venida del Espíritu Santo, que les enviaría, para encender sus almas, iluminarlas y completar su educación apostólica... Leemos, en efecto, en el Evangelio de este día que les dijo. « Si alguno me ama, guardará mis mandamientos; y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansion en él. Él que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habeis oído, no es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he hablado estando con vosotros, mas el Consolador que es el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo... Me voy, y vengo á vosotros » en la persona del Espíritu Santo, que procede de mi Padre y de mí.

¿Quién no admirará aquí la bondad de Nuestro Señor? Decíamoslo el último domingo: Se muestra Él para con sus Apóstoles lo mismo que el más tierno padre para con sus hijos. Estando á punto de alejarse de ellos, les precave contra la tristeza y el abatimiento. Tened confianza, amigos míos, les dijo, mi paz os doy, me voy, pero no os abandono. Vuelvo á vosotros en cierto modo en la persona del Espíritu divino, de quien tantas veces os he hablado; él será para vosotros un consolador, un Maestro y un apoyo... »

PROPOSICIÓN. Hablemos pues, hermanos míos, en tan solemne día, hablemos de este Espíritu divino, que bajó sobre los Apóstoles en el día de Pentecostes. Considerando los dones que derramó sobre los discípulos de Jesús, digamos también el efecto que ha de producir en las almas, que le reciben con docilidad... Explicaros estos dones todos sería demasiado largo; me detendré solamente en los dos, que me parecen indicados en el Evangelio del día de hoy...

DIVISIÓN. *En primer lugar*: el don de fortaleza para guardar la palabra de Jesucristo y atestiguarle nuestro amor; *en segundo lugar*: la mansedumbre para conservar esta paz, que Jesucristo dió á sus Apóstoles, cuando les dijo: *Os doy mi paz.*

*Primera parte.* Don de fortaleza. ¿Quiénes eran, pues, esos personajes, los Apóstoles de nuestro divino Salvador?... — Unos simples hombres del pueblo, pobres artesanos ó pescadores, que no tenían estudios de ninguna clase. No os diré cuantas veces habría podido su buen Maestro quejarse de la ignorancia y dureza de espíritu de ellos!... Y, sin embargo, o bondadoso Jesús, no sólo los tolerasteis, sino que también amasteis y escogisteis á esos hombres simples; y queriendo que la institución de vuestra religión fuese una obra verdaderamente divina, tomasteis para propagarla todo cuanto había de más débil y menospreciado en el mundo! <sup>1</sup> Vedles, hermanos míos, á esos hombres tímidos y pávidos, huyendo en el día de su Pasión, y encerrándose cuidadosamente despues de la Resurrección, por miedo de los Judíos!... ¡Oh, como necesitan mucho valor, energía y fortaleza divina, para cumplir la difícil misión, á la cual Dios les tiene destinados! No es desconocida de su divino Maestro su debilidad; por eso les dijo antes de dejarlos: *Permaneced en la ciudad de Jerusalem, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto* <sup>2</sup>. Jesús en presencia de sus apóstoles ha subido á los cielos; y así han sido ellos testigos de su Resurrección y de su gloriosa Ascensión. Con esto ¿han quedado ellos mas firmes, y más valerosos? No lo sé... Lo

1. I Cor., 1-27.

2. Hechos., ii, iii, etc.

averiguado es que, llenos de confianza en la palabra de su divino Maestro, esperan el cumplimiento de sus promesas !... Santa docilidad á la palabra de Jesús, tú vas á merecerles la venida del Espíritu santo en sus corazones !... Hélos aquí, amados cristianos, todos están congregados... ¿ Qué hacen ?... Perseveran en la oración !... Dulce Virgen María, sin duda estais en medio de ellos, formais parte de esta santa junta, conspirais con ellos á la salvación del mundo, dándoles el ejemplo de esta perseverancia en la oración !...

Hélos aquí, pues, conagrados en casa de una familia, que fué amada de Jesús; quizás estan las puertas cerradas, segunda vez por temor de los Judíos. Si, pero esperad... Son las nueve de la mañana, (segun los Judíos, es la tercera hora del dia.) De repente, en medio de la calma mas profunda, se sintió un gran estruendo, semejante á una tempestad con viento furioso. Y hé aquí que lenguas de fuego aparecen sobre cada uno de ellos... Dulce y misterioso símbolo de fortaleza y mansedumbre del Espíritu Santo, estas lenguas penetran hasta en lo más hondo de su corazón, para enfervorizarles y fortalecerles...

¡ Ah ! puertas del Cenáculo, abríos, nada podrá hacerles temblar en adelante, el Espíritu Santo habita en sus almas !...

Una muchedumbre confusa se ha congregado al rededor de la casa, en donde están los discípulos del Salvador. Aquella ha percibido este ruido extraordinario, é ignora la causa del mismo. Los Apóstoles trasformados, entusiasmados é inflamados del deseo de hacer conocer su adorable Maestro, predicán á Jesucristo á esta muchedumbre confusa, y los extranjeros mismos comprenden su lenguaje, porque el Espíritu santo les ha comunicado el don de lenguas. Los unos, siempre endurecidos, acogen sus discursos con burlas, diciendo : « Esos hombres están borrachos !... » Miserables incrédulos !.. ¿ Borrachos ? Si, lo son, pero de un vino que sólo conocen las almas piadosas y los corazones generosos. Si, están ébrios del amor divino, del deseo de hacer conocer su ado-

1. Hechos., II III, etc.

rable Maestro, de propagar su doctrina, y darramar por Él toda su sangre !...

Hé aquí, en efecto, á Pedro, que se adelanta : « Este prodigio de que sois testigos, les dijo, estas lenguas extranjeras que os hablamos, no las hemos estudiado ; nos fueron reveladas por el Espíritu divino, que nos ha enviado Jesús, nuestro Maestro, este verdadero Mesías, este Hijo de Dios, que habeis crucificado. » Y tres mil hombres, atónitos de este milagro, se convierten á este primer discurso.

Pocos dias despues, el Apóstol, en nombre de Jesucristo, sanó un pobre estropeado de cuarenta años de edad, el cual desde su juventud mendigaba á la puerta del templo. Al saber este prodigio, se congrega numerosa muchedumbre alrededor de san Pedro y san Juan. Pedro tomando la palabra les dijo : « ¿ Estais maravillados de esta curación ? No la he hecho yo, sino este Jesús que habeis crucificado, à pesar de Pilatos, que le declaraba inocente : Dios le ha resucitado, sólo por virtud de Él obramos milagros, y en su nombre solo podeis ser salvos. Pero, o venerable Apóstol, de dónde os ha venido esta fuerza y valor ? Hace algunas semanas solamente temblabais á la voz de una simple criada, jurabais no conocer á este hombre, y hé aquí que ahora en presencia de una inmensa multitud confesais que Él es Dios, y que cualquiera, que rehuse invocar su nombre, no será salvo !... Quién, pues, os ha comunicado esta energía ?... O Espíritu santo, Espíritu de fortaleza, es que Vos habeis descendido en esta alma y la habeis trasformado. Si, eso es obra vuestra !

Cinco mil hombres se convierten á este segundo discurso de S. Pedro. Pero se le prende y es llevado á la cárcel con sus compañeros. Prometed, les dicen los jueces, de no hablar más de este Jesús, y recobraréis la libertad. No podemos, respondieron todos unánimemente, no podemos guardar silencio sobre lo que sabemos y hemos visto con nuestros propios ojos. Imposible á nosotros, el Espíritu divino nos impele á afirmar, confesar y predicar nuestra fé en Jesucristo. — En efecto, o santos Apóstoles, vosotros habeis predicado esta fé á los cuatro vientos del mundo, y

habeis derramado vuestra sangre para atestiguar la divinidad de Jesucristo.

Hé ahí, hermanos míos, cómo el Espíritu santo es espíritu de fortaleza, cómo él trasforma á las almas y les comunica la energía necesaria para « guardar la palabra » es decir, para practicar la doctrina de Jesucristo y confesarla, hasta morir, si es menester... ¡ Oh, cuán necesario é indispensable nos es este don de fortaleza sobre todo en estos días que alcanzamos!... No, no es la inteligencia, no es tampoco la fé lo que mas nos falta, sino la fortaleza. Somos cristianos, amamos el bien, la verdad; en el fondo de nuestros corazones hay aun no sé qué rincón secreto, en donde la religion de Jesucristo tiene su santuario.

Pero, como á san Pedro, antes de recibir el santo Espíritu, la palabra de una simple criada nos haría negar nuestra fé, no osamos confesarla, ni manifestarla delante de los hombres, tenemos miedo de los indiferentes, temblamos delante de los impíos, nos excusamos de no ser como ellos; dichosos aun, si nuestra cobardía no llega hasta á hacernos tomar parte en sus burlas y aplaudir sus blasfemias... O Dios mío, cuán cobardes somos! Espíritu de fortaleza, venid, pues, á animarnos, dándonos la energía necesaria para afirmar abiertamente, que amamos á Jesús, que queremos guardar su palabra, creer en su doctrina y observar sus mandamientos.

*Segunda parte.* He añadido, hermanos míos, que siendo el Espíritu santo espíritu de fortaleza es al propio tiempo espíritu de mansedumbre. « Os doy mi paz », dice Jesucristo en el Evangelio del día de hoy. Si nos de su paz, quiere que la conservemos; ¿ y qué de más útil, de más indispensable, para conservar en nuestros corazones la paz de Jesucristo, que el Espíritu de mansedumbre?

Parece que, segun los hombres, la fortaleza y mansedumbre son incompatibles... El hombre fuerte, duro en sí mismo, conserva algo de esta dureza con respecto á los otros, y el hombre de genio manso se muestra generalmente débil en las circunstan-

cias, en las cuales la fortaleza sería necesaria<sup>1</sup>. En la familia veréis al padre robusto duro por el trabajo, tratando con aspereza á sus hijos, y á su lado veréis la madre mansa, pero demasiado indulgente respecto á los defectos de los mismos. En un Estado, ora se verá un tiranno, con autoridad dura y despótica, sometiendo todo cuanto le resiste bajo un yugo de hierro; ora un príncipe demasiado blando, iendo de concecion en concecion, y terminando como el infortunado Luis XVI en el patíbulo, ó como tantos otros en la revolucion. Solo Dios, hermanos míos, sabe juntar estas dos cualidades en apariencia opuestas: la fortaleza y la mansedumbre. Él dice al rayo: « Vé á herir este roble. » Y el vayo parte, y quebranta á este rey de las selvas; despues vuelve á los piés de su dueño, y le dice: « Héme aqui. » Dice Dios á la gota de rocío: « refresca esa pequeña flor. » Y la gota de rocío refresca la humilde planta y le da su expansion. Sí, las leyes de la divina Providencia lo gobiernan todo con fortaleza y suavidad.

Así sucede con el Espíritu divino, comunicado á los Apóstoles en el día de Pentecostes. Ananías y Sáfira por haber mentado á pesar de las inspiraciones de su conciencia á los Apóstoles, ó mas bien á este divino Espíritu, caerán heridos de muerte súbita mientras que el eunuco de la reina Candace, hombre justo y de corazón simple, no deseando otra cosa sino la verdad, será iluminado por Felipe, á quien este Espíritu divino enviará de intento, para instruirle.

Pero para limitarnos al misterio de este día, ved, hermanos míos, como al lado de esta fortaleza sobrenatural, manifestada por los Apóstoles, aparece al mismo tiempo este espíritu de mansedumbre, compañero necesario y guardian fiel de esta paz, que Jesucristo les da. San Pedro acaba de reprochar á esta muchedumbre el crimen, que élla ha cometido, crucificando al divino Salvador. Ha valerosamente anunciado la divinidad de Jesucristo, su Resurrección gloriosa, y esta Ascensión triunfante, por la que

1. Cf. BOSSUET. *Segundo Sermon para Pentecostes.*

Jesús es colocado en el cielo á la derecha del Padre. Con estas palabras, algunos movidos de arrepentimiento le dicen : « ¿ Qué hay que hacer? ¿ Se indignará él y llevado de un celo exagerado desanimará á aquellos, que no piden sino arrepentirse? Les dirá acaso : « Infames! en el día de su Pasión, no quisisteis reconocerle, dando voces de que lo quitaran, de que desapareciese y fuese crucificado; no, no hay perdón para vosotros, sois unos malditos! »

— ¡Ah! hermanos míos, como el Espíritu Santo derrama en las almas, á las cuales ha comunicado la fuerza y energía de la fé, un sentimiento más caritativo y suave! Escuchad pues: « Hermanos, dijeron á san Pedro y á los otros Apóstoles, aquellos primeros convertidos, ¿ qué hemos de hacer?... Y Pedro les dijo con bondad: Arrepentios, que cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados y recibiréis como nosotros el don del Espíritu Santo, porque tanto vosotros, como vuestros hijos, sois los hijos de promisión, ea ánimo, pues, huid solamente de la compañía de los impíos<sup>1</sup>... »

Como se ve bien en esa conducta, hermanos míos, á este Espíritu de mansedumbre, á este Espíritu divino, que guarda en nuestras almas la calma, la paz, esta paz inefable, que Jesucristo daba á sus Apóstoles!... Ved, por el contrario, el espíritu del mundo : ¿ no engendra con frecuencia, bajo los más frívolos pretextos, los celos, la envidia y rencores á veces implacables? Yo, soy de un partido, dice uno. — Yo soy de otro, responde el interpelado.

Y esta sola diferencia de apreciar á propósito de opiniones ó de hombres que no conocemos, de los cuales nada tenemos, ó por lo ménos hemos de esperar muy poco, y que las más de las veces nos cerrarían sus puertas, si tuviéramos realmente necesidad de sus servicios; sí, esta diferencia sola, lo sabeis, engendra odios, discordias, divisiones, no sólo en una misma parroquia, sino también muchas veces en una misma familia!... ¡ Oh miseria del es-

1. Hechos., II; 38 40.

píritu humano!... cuanto necesitamos de esta mansedumbre, que nos preserve del odio, de la envidia, y que nos hace indulgentes para con los otros! ¡ Ah! hé ahí, amados cristianos, uno de los frutos del Espíritu Santo, y que nos es necesario para guardar en nosotros la paz, que nuestro Salvador daba á sus Apóstoles.

Y ved, hermanos míos, al lado de esos rencores, de esas envidias, de esos odios, que engendra entre los hombres el espíritu del mundo; ved, repito, lo que produce el Espíritu divino, que es Espíritu de mansedumbre. Haced burla de nosotros, nos perseguís, habrían podido decir á los paganos y Judíos los Apóstoles y los primeros cristianos; pues bien! nosotros, lejos de detestaros y maldeciros, no tenemos mas que un deseo, que Dios os ilumine, os convierta y salve vuestras almas. » Así, rogaba san Estéban por sus verdugos<sup>1</sup>; así san Pablo mandaba á los fieles rogar por aquellos príncipes mismos que luego habían de condenarle á muerte<sup>2</sup>. Para resumir en dos palabras este espíritu de mansedumbre, permitidme citaros, al terminar, unas palabras, que un impío famoso pone en boca de un cristiano próximo á morir... Este hombre es un guerrero arisco, acaba de ser herido mortalmente por un enemigo idólatra y bárbaro, llevan cerca de su lecho de muerte á este enemigo encadenado ¿ Va aquel á vengarse? No, la fé se despierta en él, el Espíritu de mansedumbre, que es el verdadero espíritu de la religión, recobra su imperio en aquella alma ulcerada, el herido perdona, y dirigiéndose á su enemigo, le dice :

De nuestros dióses vé la diferencia :  
 Los tuyos, de crímenes salpicados,  
 Venganza te mandan insensata  
 Y el mío, cuando tu brazo me mata,  
 Tender me manda mis brazos helados,  
 Y abrazarte con amor é indulgencia<sup>3</sup>.

Tal es, en efecto, amados cristianos, este espíritu de mansedumbre infundido en este día á los Apóstoles : indulgencia, cari-

1. Hechos., VII, 59. — 2. Rom. XIII, 1.

3. Voltaire, *Alzire*.

dad, amor por el prójimo, disposición á perdonar las injurias, que hemos sufrido. Qué dichosos seríamos, si supiésemos juntar á este espíritu de mansedumbre, que conserva la paz de Jesucristo en nuestra alma, el espíritu de fortaleza que nos incita á no avergonzarnos de la fé cristiana, y á cumplir fielmente los mandamientos del Salvador!

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, hubo un día en que, como los Apóstoles, recibimos el Espíritu Santo. En esta fiesta de Pentecostes, Él descendió en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos congregados, y el día, en que recibimos el Sacramento de Confirmación, vino á nuestras almas tan realmente como entonces, aunque ninguna señal sensible manifestase su presencia.

Pues, decidme ¿ hemos sido fieles en seguir sus inspiraciones? ¿ Nuestra conducta ha mostrado siempre que, como los Apóstoles, estábamos bajo la influencia de este Espíritu de fortaleza y mansedumbre? ¿ No nos hemos avergonzado nunca de nuestra fé? ¿ Hemos tenido el ánimo, la energía de decir, y sobre todo de probar por nuestros actos, que reconocíamos á Jesucristo por nuestro Dios, que queríamos obedecer á sus mandamientos y someternos á su voluntad?... ¿ Ah, hermanos míos, pongamos la mano sobre el corazón y nos dirá de cuantas debilidades, de cuántos desfallecimientos y cobardías somos capaces, cuando se trata de mostrarnos cristianos!... Hemos tenido también este espíritu de mansedumbre, guardian necesario de la paz con nosotros mismos, y de la paz con el prójimo? ¿ Hemos sido buenos, indulgentes hacia los otros? ¿ Hemos, como los Apóstoles, perdonado á nuestros enemigos, y orado por aquellos, que nos perseguían?... O Espíritu divino, espíritu de fortaleza y mansedumbre, en este día de bendición descendid de nuevo en nuestras almas, venid á inflamarlas, iluminarlas y santificarlas; derramad en las mismas esta fuerza y esta mansedumbre tan recomendadas en el Evangelio; que el divino Salvador, cuando comparezcamos ante su tribunal, pueda acogernos con misericordia y decirnos: « No os habeis avergonzado de mí delante de los hombres; pues bien! yo os reconozco por mis servidores delante de

mí Padre <sup>1</sup>. Juisteis misericordiosos y mansos, venid á disfrutar de esta tierra prometida á la mansedumbre, que es el reino eterno y la felicidad del Paraíso... »

Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

(MAT. XXVIII, 18 y 20.)

Sobre la Santísima Trinidad; nuestros deberes para con ella.

TEXTO. — *Euntes ergo, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...* Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

EXORDIO. Hermanos míos, recordaréis sin duda la cita solemne, que el Angel había dado á los Apóstoles en la mañana de la Resurrección de parte del Salvador... El mismo Jesucristo, apareciéndose á las santas mujeres, les había dicho: « Id, decid á mis discípulos, á quienes amo como hermanos, que se vayan á Galilea, y allí me verán <sup>2</sup>. »

Dóciles á este aviso los Apóstoles, seguidos de muchos discípulos, se reunieron en el lugar señalado. Allí, en la misma montaña del Tabor, donde Pedro, Santiago y Juan le habían visto transfigurado, se manifestó glorioso, y resucitado á mas de quinientos discípulos <sup>3</sup>. Después dirigiéndose á los Apóstoles les dijo, lo que leemos en el Evangelio de este día... « Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las

1. Lucas, ix, 26. — Mat., v, 4.

2. Mat. xxvi, 32; xxviii, 7 y 10; Marcos, xiv, 28; xvi, 7.

3. Véase Rohrbacher, *Historia ecclesi.*, y Cornelio Alapide. sobre el xxviii. Capitulo de San Mateo